

pareja en “El caballero de la rosa y la virgen encinta que vino de Líliput”, está obligada a desplazamientos continuos. Excluidos del mundo son lanzados a Santa María, cuando llegan allí ellos no lograrán su acometida —entregar una carta—. Por esto desvían su rumbo del Victoria a las Villas Petrus, de aquí son lanzados a Las Casuarinas y luego de Santa María. Cada espacio al que son movilizados es ínfimo en relación con el que le antecede. La indeterminación crece a medida que son despojados.

El final de cada relato produce en el lector desconcierto. El sentido habita en las entrañas del sin sentido. Cada historia encierra un secreto por descifrar. Se suceden intentos fallidos por reconstruir el sentido. Se nos muestran pliegues de la verdad.

El libro de Alfaguara que recoge la narrativa breve de Onetti es importante porque a partir de él podemos hacer un recorrido por nuestra cultura en la misma medida en que forjamos encuentros con los rasgos estéticos presentes en la cuentística del autor.

Gonzalo Picón Febres.
Fidelia.
Mérida, Ediciones Solar, 1995.

Lubio Cardozo

Acertada la decisión de publicar una nueva edición de *Fidelia*, singular novela de Gonzalo Picón Febres la cual, por lo demás, ocupa un puesto significativo en la cronología crítica de la narrativa nacional.

Actual 315

Dio a luz Picón Febres su novela *Fidelia* en 1893, tres años después de *Peonía* (1890) de Manuel Vicente Romero-García. Culminaba con *Peonía* un proceso de desarrollo de la narrativa del País donde por fin se alcanzaba una vieja búsqueda o anhelo de poder expresar en la prosa fabularia el peculiar mundo nacional, y *Peonía* era eso, el espejo fiel de la vida venezolana, no sólo del paisaje, de las costumbres, del ethos y del pathos, de la historia, de la prosopografía y etopeya de sus hombres mestizos, sino de la problemática social y de las contradicciones ideológicas del vivir criollo. Ahora bien, la estabilización de dichos elementos estructurantes de esa obra, perfecto reflejo en sus páginas de la sociedad, del *status animi* de los habitantes de la Nación, de su *environment*, no representó un fenómeno casual sino causal. Esa aspiración de 1890 se afirmaba después de un largo camino de evolución iniciado muchos años antes, desde el arranque mismo de la primera novela escrita en el País, con *Los mártires* (1842) de Fermín Toro. Aunque en ésta aparentemente nada se relacionaba con Venezuela: ámbito, argumento, tema, personajes se entretrejan para presentar una acción desenvuelta en la Inglaterra del pleno capitalismo salvaje de la revolución industrial. Situación económica, política, moral fustigada por la prosa de Toro, el escritor revelaba el rostro inhumano, bárbaro de esta etapa de ese sistema de producción. Sin embargo en esa acusación trascendental Toro proyectaba su espiritualidad de buen venezolano. Además, esta carga de denuncia de la injusticia social y el apoyo emotivo de la misma constitución son dos aportes fundamentales, inalterables a lo extenso de la novela venezolana decimonónica, e inclusive su presencia en el siglo veinte se puede rastrear hasta, por ejemplo, Gallegos. Tales dos elementos, pues, la lógica de lo afectivo y la inculpação de la injusticia social en *Los mártires* la crítica literaria los ha considerado en Toro provenientes del romanticismo y del socialismo utópico, sedimentos de la densa formación intelectual del novelista primigenio. No obstante habría de preguntarse hasta dónde esto es en realidad cierto. ¿La proverbial sentimentalidad del hombre del País y la aspiración social

igualitarista nacida en la Guerra de Independencia no serían más bien los nutrientes de la expresividad afectiva e ideológica de Toro en esa novela, y por tal se hallan óseamente incrustados como dos rasgos indelebles en la novelística ulterior, soslayando así, de paso, el fatalismo de la dependencia cultural? Quede entonces, por lo menos, la duda.

Significó otro avance importante incorporado por el género en su búsqueda de plasmar en su seno el alma nacional la captación del paisaje nativo. Le correspondió a *Anaida* (1872) de José Ramón Yepes, el descubrimiento mediante la escritura de la majestuosidad, riqueza, belleza del ambiente silvestre venezolano, lo comarcal afectivo. Ya otros narradores lo habían intentado antes, mas le tocó al bardo Yepes mostrarlo de manera magnífica a los ojos del lector por cuanto supo imprimirle al lenguaje descriptivo toda la fuerza poética necesaria para elevar el paisaje a una categoría literaria propia.

Advino el interés por las costumbres de la vida cotidiana del criollo en la novela por la vía del ejemplo de una narrativa menor, gratamente escrita, llena de humor, y con una gran aceptación por parte del público: el costumbrismo. De la misma suerte, el escenario procedente de la historia del acontecer colectivo nacional arribó al género por la ruta del tradicionalismo, esa simpática escritura sencilla, menuda, de los fastos, anales, memorias, sucesos, episodios henchidos de amor por la Patria y con lo cual se demostró la substancia estética de la historia como fondo o ya como temática de la literatura. La novela donde, además de las conquistas estructurales anteriores, se añaden estos nuevos niveles, las costumbres auténticas y la historia, se titula *Los dos avaros* (1879) del filósofo José María Manrique, en dicha obra estos fenómenos se armonizan y pasan a ocupar el plano central de la narración.

Con la llegada del positivismo a Venezuela durante el largo gobierno (1870-1887) de Antonio Guzmán Blanco la lite-

ratura se enriquece desde múltiples direcciones. Exploran los positivistas criollos la naturaleza, la sociedad, la cultura nativa, con verdadera pasión científica y descubren así muchas facetas novedosas del orbe venezolano, la poliedricidad de su opulencia y fortuna humanísticas. Frutos de esas investigaciones lo demuestran una serie de libros, revistas, folletos, artículos en las principales publicaciones periódicas, donde sus pesquisas sobre el habla popular, la sociología, la vegetación, la fauna, la orografía, la hidrografía, la historia, quedan recogidas. Por otra parte, la filosofía positivista agudiza la contradicción ideológica entre el progresismo (por ella representado) y el conservadurismo. Todos estos inéditos aportes alimentarán la novela y el cuento y le darán el impulso definitivo hacia la narrativa nacional o criollismo, nombre de abolengo autóctono americano-latino con el cual se conocerá este movimiento literario, expresante de la espiritualidad y de la fisicidad del país.

Pues bien, aquel ímpetu de narrar iniciado en 1842 culmina en 1890 con *Peonía*. A partir de ella comenzaba el rico auge de la novela y cuento donde la problemática nacional ocupaba el centro temático. Su continuación lo jalonan libros cuales *Don Secundino en París* (1895) de Francisco Tosta García, *Los piratas de la sabana* (1896) de Celestino Peraza, *Mimí* (1898) de Rafael Cabrera Maolo. Pero en verdad los grandes narradores de este movimiento literario son Luis Manuel Urbaneja Achelpohl el autor de *En este país!*... (1916) y Gonzalo Picón Febres.

Desenvuelve a plenitud, con un espléndido dominio artístico del lenguaje, esta tendencia de la narrativa Gonzalo Picón Febres. *Fidelia* sigue cronológicamente a *Peonía*; todo cuanto en Romero-García significó trabajo pionero, apertura de un rumbo trascendental de la prosa de ficción, en Picón Febres alcanza integridad, armonía y un excelente manejo de la escritura fabularia. En 1894 el merideño edita otra estupenda novela, *¡Ya es hora!* Y un año antes de culminar el siglo, en 1899, da a

conocer su obra maestra en el terreno de la narrativa criollista, *El sargento Felipe*. Luego vendrán *Flor* (1905) y *Nieve y lodo* (1913). Después de la muerte de este insigne escritor sus familiares recogen una serie de “novelas cortas y semblanzas” bajo el título por lo demás elocuente *De tierra venezolana* (1939) y comprende “Un caudillo de parroquia”, “Una gran revolución”, “Crueldades de la guerra”, “Tigre amarillo”, “Flor”, “Don Porfirio, el pertiguero” y “El general Centellas”.

Nació ese conspicuo defensor de la venezolanía, Gonzalo Picón Febres, un 10 de septiembre de 1860 en Mérida. El 6 de junio de 1918, en Willemstad, Curazao, murió. Reposan aún sus restos en el cementerio de esa isla. Durante su relativamente corta mas opima vida intelectual también ocupóse de la poesía —innegablemente con él se inicia el nativismo en la lírica—, del ensayo, de la historia humanística, del artículo periodístico, de la oratoria, de la crítica en la cual dejó una obra capital: *la literatura venezolana en el siglo diez y nueve* (1906), con dicho texto culmina, según Rosalba Mirabal, “todo un largo proceso de desarrollo de la crítica literaria decimonónica, ella constituye la obra más acabada en ese particular” (*)

Mérida ha aportado valiosos nombres a la historia de la literatura venezolana. Republicar las obras de estos escritores por las Ediciones Solar para darlas a conocer a nuevas generaciones de lectores define una voluntad de rescatar, valorar, salvaguardar y difundir la contribución de la intelectualidad del País a la cultura humanística latinoamericana y del mundo.

(*) Rosalba Mirabal, *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve de Gonzalo Picón Febres: Un modelo en su momento de historia y crítica literarias para Venezuela*. Mérida, ULA, CDCHT, 1995, p. 147.